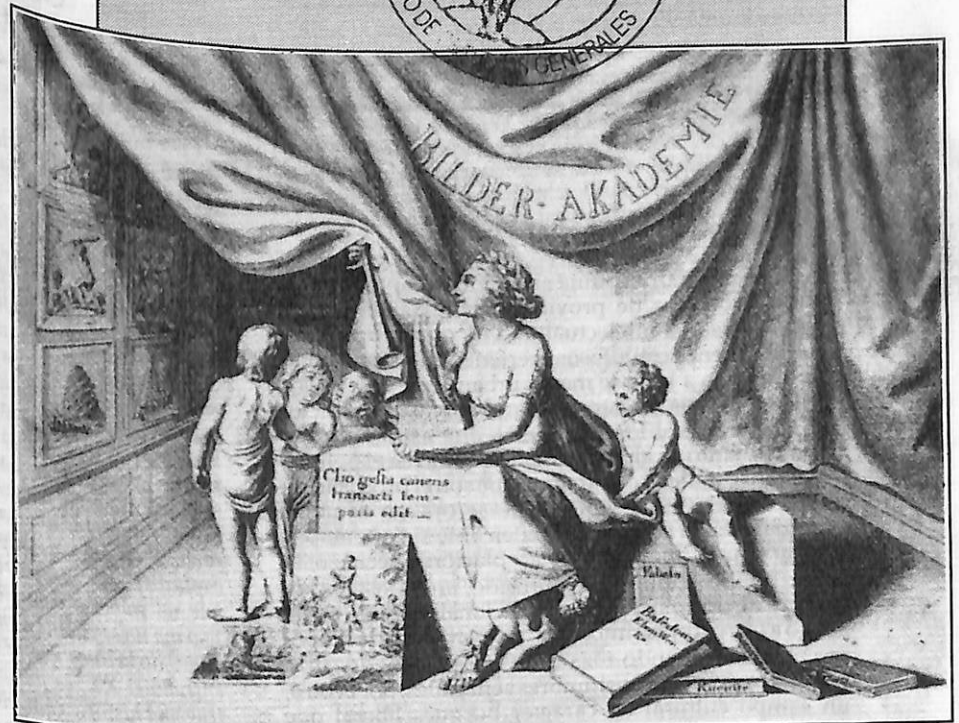
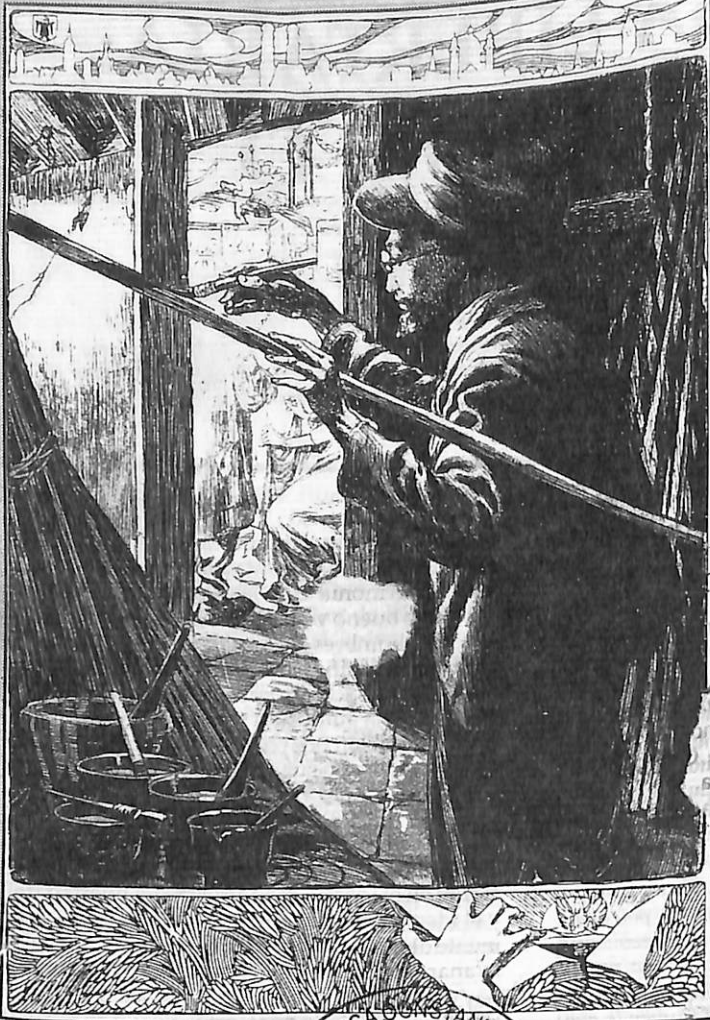


TOPICOS DEL HUMANISMO

JUNIO DE 1994

Nº 4



VOTACIONES INFANTILES

(NOTAS PARA UNA UBICACION HISTORICA DEL PROGRAMA)

Lic. Carlos A. Abarca Vásquez
Universidad Nacional, Heredia, Costa Rica

LOS FRUTOS DE LA TENACIDAD Y LA CONVICCION

Los programas de Votaciones Infantiles atraen hoy día a diversas personas e instituciones públicas y privadas en varios países de Centroamérica, el Caribe, América del Sur, México y Estados Unidos. Pareciera ser una de esas iniciativas que, a fuerza de tenacidad y convicción, ha logrado ser reconocida como experiencia viable, orientada a promover, paralela a otros programas, la formación de una conciencia cívica y el adiestramiento temprano en el ejercicio de un derecho esencial de la democracia: EL SUFRAGIO.

En Costa Rica, eventos de esta naturaleza se han realizado en cinco procesos electorales a partir de 1978. Desde los años ochenta se participa, además, en la observación e intercambio de opiniones con organizadores de experiencias similares. Así, se ha asistido a procesos electorales en Uruguay, Ecuador, Venezuela y El Salvador en esta ocasión.

En las pasadas elecciones de febrero la dirección del Programa estuvo avalada por el Colegio de Periodistas de Costa Rica. Con este apoyo institucional de tipo gremial, se convocó sistemáticamente a la votación infantil desde la prensa, la radio y la televisión lográndose una participación de ciento veinte mil niños, en unos 120 centros de votación en todas las provincias del país, incluida la zona indígena de Talamanca.

A su vez, se consolidó el reconocimiento del Programa por parte del Tribunal Supremo de Elecciones, los candidatos y partidos contendientes, la opinión pública y organismos internacionales. Producto de ese proceso, se fortalecen los contactos con personas e instituciones de distintos países interesados en generar reflexiones en torno al valor y significado de este programa.

Sea esta la oportunidad y el espacio propicio, LA UNIVERSIDAD TECNOLÓGICA DE EL SALVADOR para adentrarnos en algunas consideraciones, con el ánimo de ayudar a definir el carácter histórico del PROGRAMA DE VOTACIONES INFANTILES, en el marco de los procesos electorales democráticos para América Latina.

FERTILIDAD DEMOCRATICA PARA MAS SUJETOS HISTORICOS

Toda iniciativa germinal fructifica en un contexto cultural y una coyuntura histórica en la que el pensamiento y la creatividad de individuos e instituciones, adquiere realce, sentido de pertinencia y posibilidades de trascendencia. El entorno cultural y las circunstancias históricas, lejos de minimizar el esfuerzo individual o institucional, adhieren estos al sentimiento y la racionalidad colectiva. Le dan valor, energía y legitimidad.

La década del ochenta, frustrada si se miran los indicadores socioeconómicos del desarrollo, no lo fue desde la óptica del accionar de las fuerzas sociopolíticas Centroamericanas. En la disyuntiva de guerra o paz, transmisión de gobiernos por medios militares o electorales, ampliación del espacio político a través de la violencia o en ambiente de consenso y pluralismo, redefinición de la hegemonía con apelación a los derechos civiles y la educación política o sin ellos, el balance es favorable a las convicciones democráticas.

Los procesos electorales centroamericanos y en América Latina de la década del noventa, se insertan así en una atmósfera de valorización y respeto por el accionar autónomo del poder civil y el estado de derecho, de aprecio mundial por la capacidad pacifista de la razón humana, de reorientación de los recursos financieros hacia el desarrollo del potencial cultural de cada nación. Los programas institucionales y las políticas estatales se aprestan a reforzar los valores ciudadanos e identidad cultural de sus pueblos.

En esa dimensión la participación de nuevos sujetos y protagonistas de la democracia, adquiere relevancia histórica. Las clases trabajadoras, la mujer, la juventud, las distintas etnias, las autóctonas y las asentadas desde el siglo pasado reaparecen dinámicas en las relaciones entre la sociedad y el Estado.

Si la observación de estos cambios es acertada, podríamos afirmar entonces, que las relaciones de poder se afinan y entretienen con mayor densidad en la cotidianidad de la vida civil. Que la vivencia efectiva de los derechos y deberes que le dan sentido a la democracia, demanda una creatividad sin límites para la interiorización consciente de aquellos.

Que, un programa como LAS VOTACIONES INFANTILES se desarrolla en un contexto acertado, en un terreno fértil para que sea un medio eficaz en la tarea de fortalecer los valores sustitutos de situaciones históricas antidemocráticas. Un programa para el fomento de la comunicación, el diálogo y los sentimientos de comunidad internacional.



HACIA UNA NUEVA MODALIDAD DE PRAXIS CIVICA Y ELECTORAL

Las experiencias de votaciones infantiles en países de América del Sur, las nuestras en Costa Rica y El Salvador, no pueden desestimarse, en el proyecto global de hacer de este programa, la iniciativa que cohesione voluntades y recursos hacia nuevas modalidades de praxis cívicas y políticas, complementarias de los planes educativos y culturales del Estado y las instituciones privadas.

La historia política latinoamericana, en condiciones de legalidad y pluralismo, ha descansado hasta ahora en la capacidad organizativa de movimientos y partidos, para que las distintas fuerzas sociales alternen en el ejercicio de los gobiernos y el poder estatal a través de las elecciones.

Reconocemos que estas son insuficientes para el ejercicio de la democracia, cuando el respeto a la vida y a la propiedad, a la disensión y oposición, a la libertad de expresión del pensamiento, a la asociación y creatividad individual son restrictivas. Con mayor evidencia, cuando los índices de pobreza y educación o la discriminación por etnias, clases o género, enmudecen a amplios sectores de la población.

Por su parte, aun en ambientes democráticos consolidados, como el costarricense, con vigencia de garantías personales y políticas, con un amplio sistema educativo y de asistencia social, se observa cómo la esterilidad y demagogia en las prácticas electorales, debilitan las convicciones en la política, el liderazgo y los partidos.

Se enuncia el valor educativo y cívico de las elecciones, pero los métodos de la convocatoria apelan más a lo primario que a lo trascendente, a lo personal que a lo colectivo de las pugnas por el poder: la reproducción de la cultura, la atención a los problemas nacionales e internacionales de cada sociedad, el futuro de la nación y sus valores. Las elecciones, en todos los ámbitos donde se realicen, deben ser una coyuntura especial para desarrollar la conciencia histórica de los sujetos políticos.

¿Por qué los procesos electorales no pueden ser un espacio para la exposición y difusión de la diversidad social y cultural de cada comunidad y de reflexión sobre las carencias colectivas desde el ángulo de su superación? ¿Es posible que la pugna y el debate políticos tengan como interlocutor a un ciudadano conocedor y comprometido con el futuro inmediato de su país, de Centroamérica y del Continente entero? ¿Adquirirá algún día el sufragio, su esencia legitimadora no de gobiernos transitorios, sino de formaciones políticas autorreguladas por la razón y la solidaridad humana? ¡Permitásenos soñar!

UNA PROPUESTA CONCEPTUAL Y PROGRAMATICA

La niñez y el segmento de juventud que convoca el programa de votaciones infantiles, es un conjunto humano receptor de prácticas económicas, sociopolí-

cas y culturales y portador de la metamorfosis y transformación de ese medio histórico.

Cualquier programa particular dirigido a estos grupos de edad, tiene aquel sustrato y perspectiva. No debe olvidarse que, entre 5 y 17 años el niño inició un proceso educativo formal, que lo acoge teóricamente como sujeto del mismo y le provee conocimientos elementales sobre su sociedad. Las votaciones infantiles, no se realizan en el vacío ni están sin conexión con el futuro político del país.

La percepción de su significado en el nicho de las prácticas tempranas de lo electoral, no sólo olvida la existencia de experiencias escolares similares; sino que restringe además su ejercitación por cuatrienios o lustros y la constriñe a la participación secundaria en los fueros de los adultos.

Lo electoral como conciencia del valor de las decisiones, de lo individual al interés colectivo, abre horizontes a un programa de esta índole. Por esto tiene un valor cívico y educativo que demanda objetivos, contenidos, definición de metas y realización de proyectos específicos en esa dirección. La votación infantil, vendría a ser el resultado de una estrategia de educación cívica y política, capaz de recrear la participación ciudadana en los procesos electorales con nuevos símbolos, lenguajes, conceptos y expresiones de la cultura política.

Siendo así, ¿es necesario adoptar criterios adicionales a los demográficos o jurídicos, para definir las dimensiones de un programa como este? Por ejemplo, ¿una definición culturalista que tome en cuenta la dinámica social y el proceso formativo de carácter psicobiológico y cultural de esta población infantil?

Esa inquietud permite aproximarnos al contenido histórico del programa en ciernes. Los temas, preocupaciones y problemas que rodean a la infancia y adolescencia. La responsabilidad del Estado y la sociedad, en cuanto a propiciar el ambiente de libertad y tolerancia, para que la niñez y la juventud se expresen sin temores ni inhibiciones, canalicen sus energías en la reproducción de la cultura, recreen sus bases y protagonicen efectivamente la gestación de mundos nuevos y mejores.

Por esto, afirmamos que, un principio rector del programa es su AUTONOMIA organizativa respecto a los partidos políticos, los gobiernos estatales y las instituciones nacionales e internacionales articuladas en ellos.

Una tarea inmediata, el estudio particular de los roles asignados a los niños en los contextos electorales, tanto como la regulación de las tareas y funciones asignadas a ellos en el marco filosófico y jurídico de Los Derechos del Niño.

La delegación costarricense, invitada como observadora de las votaciones infantiles «UTEK 94», invita respetuosamente a elaborar una agenda para el desarrollo de esta hermosa experiencia y que contemple aspectos como:

1. Recopilación de documentos y testimonios orales para reconstruir la memoria histórica de las votaciones infantiles en diversos países.
2. Puntualización general de un marco teórico para el análisis histórico-político, centroamericano y latinoamericano de estas experiencias.
3. Elaboración de propuestas organizativas, privadas o institucionales para afirmar a nivel regional los programas locales de VOTACIONES INFANTILES.
4. La puesta en marcha en un plan latinoamericano para GENERALIZAR la experiencia de votaciones infantiles, al mayor número posible de países.
5. La elaboración de un plan latinoamericano de formación ciudadana desde la praxis cotidiana de los derechos democráticos y ciudadanos, según las particularidades nacionales.



MODERNISMO Y MUSA LIBERTARIA: JOSE MARIA ZELEDON O EL ASALTO AL CIELO

Gerardo Morales
Facultad de Ciencias Sociales

Para: Alfonso, Amigo

1. Actores y espacio vital

Hacia 1900 despunta en la ciudad capital y otras cabeceras de provincia del área central del país una intelectualidad de nuevo tipo. Son jóvenes estudiosos, pertenecientes en su mayoría a la clase media urbana que vive en los conflictos de una modernidad ambigua y contradictoria. Los temas y los problemas que asumen como centrales, tanto en el plano literario como en el político y filosófico, indican claramente que son el producto de una época de transición donde se operan cambios profundos en la sociedad. Tienen ante sí dos campos de fuerza que orientan, por aceptación o rechazo, la praxis político-cultural: por un lado, una constelación cultural de tipo oligárquico-tradicional, signada por el apego a estructuras simbólicas provenientes de la época colonial o cuando más a un pasado que idealiza viejas y periclitadas costumbres señoriales; por el otro, un campo cultural de carácter burgués liberal que empieza a mostrar fisuras, puesto que se sustenta en un sistema de valores que da preeminencia a la «mercancía» y desdeña los valores intrínsecos de las cosas y de los hombres. Radicada en medio de estas dos constelaciones no tardará esta intelectualidad en asumir una posición crítica respecto de ambas y vivir como consecuencia, severos y desgarradores conflictos.

2. La ciudad como espacio de tensión

Por los albores de 1900 la ciudad capital impone ya su propio horizonte de competitividad y sus propias reglas vitales. No es San José, ni las otras ciudades aledañas, urbes industrializadas. Pero, ya para entonces, estos espacios urbanos se definen en relación a su propia dinámica y normatividad: fijan linderos, gustos, nuevas costumbres y vicios. Aquí el hombre de la ciudad, apresurado, tenso por el contacto con lo nuevo, con el mundo civilizado. Más allá el campesino, el patillo, el concho. Aquí, la prensa diaria, las noticias, las librerías, las imprentas, los cánculos literarios, los libros, los teatros, el cinematógrafo, la fotografía, en una palabra: la modernidad. Allí la familia rural, la superstición, la iglesia y sus códigos premodernos, el deslinde impone a la urbe un aire de suficiencia, de pertenencia al universo del confort. El consumo, que modifica rápidamente la misma sensibilidad artística redefine asimismo el papel del letrado, del literato, del intelectual.

De la ciudad emergen, como consecuencia, nuevos discursos, interrogaciones, temas y problemas. La multitud se impone como tema: un aglomeramiento mínimo en nuestro caso, pero agresivo. Hacia esta multitud se dirige el orador, el periodista y el literato. Nuevas figuras se instalan en el escenario: el artesano, el obrero, la prostituta, el miserable, las llamadas despectivamente por algunos «clases peligrosas».

3. El campo intelectual

Lo anterior conforma un humus, un campo de fuerzas, vario, conflictivo, que impone rutas de acceso, vías de evasión, la aceptación indiferente o el descontento contestatario. Se vive asimismo el modernismo que no es una corriente más sino una «época»⁰. Corresponde al período convulso y definitorio que viene desde la década de 1880 y que llega hasta 1920. Se ha aceptado hoy que como movimiento epocal afectaría a Latinoamérica y a Europa en general. Juan Ramón Jiménez, en sus ideas críticas del modernismo, dirá en 1935: «el modernismo no fue solamente una tendencia literaria: el modernismo fue una tendencia general». Estéticamente sería definido por este autor como «un gran movimiento de entusiasmo y libertad hacia la belleza». Roberto Brenes Mesén, quien indiscutiblemente participa de ese entusiasmo sostendría, por su lado, que el modernismo «es una expresión incomprensible como denominación de una escuela literaria. El modernismo en el arte es simplemente una manifestación de un estado de espíritu contemporáneo, de una tendencia universal, cuyos orígenes se hallan profundamente arraigados en la filosofía trascen-

dental que va conmoviendo los fundamentos de la vasta fábrica social que llamamos el mundo moderno»¹.

Más adelante explicitará Brenes Mesén que: «la renovación de la filosofía y de la ciencia durante las postreras décadas, así como la hiriente agitación social y política del siglo XIX, han producido esa resplandeciente anarquía intelectual que abarca los más amplios horizontes»². Otros, como Manuel Machado, verán en el modernismo la «anarquía» y el «individualismo absoluto». Como quiera que sea constituyó una unidad de época. Así lo toma Retamar al evaluar la contemporaneidad del modernismo en América Latina y España; pero una unidad sustentada en este caso en un humus no literario o artístico: «en el último cuarto del siglo XIX, afirmadas ya e incluso en vías de expansión imperialista las potencias capitalistas de Europa y los Estados Unidos, se hace evidente que no solo los países hispanoamericanos, sino la propia España no se cuentan entre esas potencias: han sido marginadas de la línea mayor de la historia, y constituyen lo que, entrado el XX, se llamarán países subdesarrollados. Esta tragedia histórica que viven simultáneamente, en esa época, España y sus excolonias americanas, es el sustrato común de que va a dar testimonio el modernismo literario e ideológico»³; situación que explica la semejanza de los proyectos creadores de muchos poetas, ensayistas, ideólogos, novelistas y dramaturgos de América y España. El código es común porque es común la naturaleza de su constitución. Así, la generación del 98 española será compañera de tribulaciones de los modernistas hispanoamericanos y viceversa.

4. Modernismo y Anarquía

Dentro de la constelación político-cultural del modernismo el ideario anarquista o ácrata, emerge como llama incendiaria. El liberalismo, como doctrina burguesa, ha traicionado la aspiración de autonomía individual y el anarquismo aparece como la salvación



y redención del hombre y de la sociedad. Los años que van desde 1880 hasta 1913 -como lo expone brillantemente Lily Litvak⁴ fueron, en toda Europa un período de gran agitación social. Las luminarias anarquistas brillaban en el centro del escenario. Sobre todo en España, donde las llamaradas del milenarismo, en los barrios industriales de Cataluña o en los ardientes campos de Andalucía, atraía la atención de enormes masas que de pronto se declaraban libres⁵. Que el anarquismo influyera en los modernistas es explicable por varias razones: en primer lugar esta doctrina -antiburguesa y anticapitalista- puso especial énfasis en el papel que la cultura debía tener en la emancipación humana. Para los anarquistas, esta permitiría no sólo cambiar el medio social y económico sino también a los

propios hombres; en segundo lugar para los ácratas -cuya doctrina se sustenta en la idea de un hombre natural en armonía con las leyes de la naturaleza- el trabajo es bueno y la ociosidad de los ricos antinatural. Al ser los hombres «naturalmente iguales» la sociedad es la que los estratifica en clases. Por ello es que, siguiendo esta lógica, todo concepto de política es antinatural y encarna en la autoridad y el poder arbitrario. De aquí la no aceptación por parte de los ácratas, ni del Estado, en cualquiera de sus formas, ni de los gobiernos que son por naturaleza corruptos.

En tercer lugar, la defensa del anarquismo de la absoluta autonomía del individuo cabía indiscutiblemente en el ideario modernista. La libertad del artista y el ideal de belleza serían por ejemplo, desesperadamente defendidos por Rubén Darío⁶. La aceptación de la anarquía como una corriente renovadora -aunque hay que señalar que fue asumida tan solo doctrinariamente- es señalada por Carlos Real Azúa al establecer que: «una primera línea de influencias renovadoras, de corrientes, de nombres, sobresaliendo los de Nietzsche, Le bon, Krapotkin, Francke, Tolstoj, Stirner, Schopenhauer, Ferri, Renan, Guyau, Fouillée...»⁷ estuvo en el ambiente intelectual del novecientos y marcaría a los modernistas de manera profunda.

Así pues, cada uno de los elementos señalados -y otros no considerados pero fundamentales- conformarían el hábitat de los diversos proyectos creadores (en la poesía, en el teatro, en la cuentística, en la novela) que caracterizarían, el campo literario, filosófico, político y social del momento.

5. Ideario libertario en nuestro país

En 1904 aparece en San José, el periódico La Aurora dirigido por Roberto Brenes Mesén. Entre los colaboradores figuran Francisco Lloret Bellido (peninsular llegado al país hacia 1900), José María Zeledón, Jorge Orozco, Solón Núñez y varios otros intelectuales josefinos que se amparaban en seudónimos. La temática de la publicación es variada pero el hilo conductor puede ser considerado como de índole libertaria. Allí Brenes Mesén defenderá a los «socialistas libertarios» rusos que llevan a cabo la gran tarea de regenerar el Imperio Moscovita. Se comenta a Guyau (su libro *L'irrealigión de l'avenir* es conocido); se plantea con vehemencia la regeneración de la clase obrera por la cultura y su papel de sepultera de los ricos. Tanto José María Zeledón como Brenes Mesén, dirigiéndose a los obreros y a los artesanos del país, incitan al abstencionismo, pues consideran que el pueblo no debe participar del poder que es corrupto por naturaleza. A fines de noviembre de 1904 La Aurora, cuyo título es significativo, comienza a exaltar el ideario anarquista. En una de sus entregas se dice: «el anarquismo es llama que enciende allí donde la autoridad se encrudece y aprieta más y más entre sus anillos constrictores, el derecho de las gentes». El 8 de diciembre se lee en otro número: «los que llevamos en el alma un nido de resentimientos libertarios ansiamos a todo trance ir disputando a los Gobiernos de hoy el extenso campo de sus atribuciones». Con respecto al Estado se dice: «de tal manera viciada está esa organización del Estado, que ya es impotente para engendrar cosa alguna que no vaya contaminada de sus grandes vicios». La posición de estos jóvenes intelectuales es clara en ese momento, pese a la ambigüedad del discurso. Jorge Orozco en uno de los números de La Aurora arenga: «luchar, luchar jesa es la vida!, pero no doblegarse a cambio de la comodidad y del pan, que si se os niega después de haberlo ganado, es necesario arrancarlo a la fuerza, pero no a precio de ninguna humillación». A José María Zeledón en ese año se le acusa de anarquista, lo cual prueba hasta dónde el espíritu libertario estaba presente -para bien o para mal- en el ambiente. A la acusación hecha a José María Zeledón responde Roberto Brenes Mesén con estas palabras: «la última acusación que se hace a nuestro colaborador J.M. es que es anarquista. Si amar la justicia, si trabajar por adquirir mayor suma de libertad, si desear la educación del pueblo y la asociación de los hombres es ser anarquista, lo son los entendimientos y los corazones más generosos del mundo». El 17 de enero de 1905, Lloret Bellido, anota: «la sola palabra 'anarquismo' asusta a mucha gente, no pueden comprender, ni lo desean, otra

0. El criterio es defendido por Roberto Fernández Retamar en: *Para una teoría de la literatura Hispanoamericana y otras aproximaciones*. La Habana, Casa de las Américas (Cuadernos N° 16), 1975, p. 97.

1. Citado por Ivan A. Schulman y Manuel Pedro González en: *Martí, Darío y el Modernismo*. Madrid, Editorial Gredos, 1974, p. 31.
2. *Ibidem*, p. 32.
3. Retamar, *op. cit.*, p. 99.
4. Lily Litvak. *Musa Libertaria: arte, literatura y vida cultural del anarquismo español: 1880-1913*. Barcelona, editor Antonio Boch, 1981.
5. Lily Litvak, *op. cit.* p. XIV.

6. Cfr. Angel Rama. *Rubén Darío y el Modernismo*. Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1970.
7. Cit. por Schulman y González, *op. cit.*, p. 43.

forma de vida, que la egoísta y salvaje hasta aquí llevada». Roberto Brenes Mesén saludaría en 1905 las sociedades comunistas anarquistas que existían ya, según él, en los Andes. En una entrega correspondiente al año 1905, y a raíz de las conmociones en el Imperio Ruso, Ruvídió escribe: «la chispa de la Revolución que hoy salta en Rusia, también salta en España y salta en todas partes. Ya muchos reyes encabezan las nuevas evoluciones, temerarios de caer ante su avance, los que resisten verán en breve destruida su grandeza bajo una nube de estandartes rojos». Demás está decir que el periódico La Aurora fue atacado. La Iglesia a través de Orden Social, periódico católico publicado en Heredia, se encargaría de romper baterías contra el periódico y cada uno de sus colaboradores. Capítulo aparte merecería la crítica a la literatura «anarquista» llevada a cabo por la Iglesia: sólo diremos que se consignaban como inmorales y ácratas las obras de Alejandro Dumas, Balzac, Eugenio Sue, Víctor Hugo, Gorki, Tolstoi, Zola y otros autores del naturalismo decimonónico.

6. Proyecto creador y nueva libertaria en José María Zeledón

José María Zeledón nació en San José, el 27 de abril de 1877. A finales de siglo se destaca en el medio intelectual capitalino mediante su labor de librero, de comentarista literario y es por esa época -según anota Alfonso Chase- lector infatigable de la «literatura libertaria»⁸. Su nombre aparece en casi todos los diarios y revistas de la época y en alguna oportunidad es encarcelado por su actitud contraria a la política de la oligarquía josefina. Su obra, lamentablemente, ha sido poco valorada en nuestro medio pese a que en la producción literaria y política de las primeras décadas del siglo XX ocupó un importantísimo lugar. El, junto con otros jóvenes intelectuales tales como García Monge, Roberto Valladares, Brenes Mesén, Omar Dengo, Víctor Manuel Salazar y otros, serían los instauradores de un nuevo discurso intelectual que, si bien no rompió enteramente con el discurso liberal, provocó sí fisuras y desplazamientos.

De nuestros contemporáneos el escritor y ensayista Alfonso Chase ha sido el único quien ha intentado -en el prólogo a su compilación de prosa y verso ya citada- ubicar su temática libertaria y su proyecto creador en el campo intelectual que le corresponde: el modernismo costarricense. El momento en que actúa Zeledón -ya lo hemos visto-, se encuentra dominado por la ideología estética del modernismo, el campo era propicio para la aparición de obras contestatarias.

Desde antes de 1900 -en la ciudad capital- el entusiasmo por la innovación y hasta por la liquidación de lo viejo estuvo presente. El ideario anarquista -confuso en un medio donde la clase obrera apenas se organizaba- era asumido por los nuevos intelectuales de la clase media urbana. Estos intelectuales tuvieron acceso -ya por contacto directo, por medios epistolares o por lecturas digeridas- a las luminarias anarquistas del momento. Hasta la crítica literaria, incipiente aún, se hacía eco de lo nuevo, estableciendo parámetros y deslindes con el campo intelectual anterior. La prensa independiente y cultural contribuiría a esta maduración, con la promoción de un público -precario es cierto- que empezaba a tomar en serio la producción literaria e intelectual. De esta época data, o mejor desde la comprendida entre los años 1880 y 1930, el entusiasmo de los intelectuales por acercarse a las clases trabajadoras, por educarlas en las nuevas ideas, por cultivarlas para la regeneración. Quizá esto se explique por el hecho de que como intelectuales son apenas reconocidos por una sociedad a quien poco interesa lo que no sea «utilidad», «ganancia» y la literatura, ya para entonces, es vista como labor improductiva. Este choque, aunado a la emergencia de la multitud, de los hombres que trabajan, de los artesanos y obreros honestos, propiciará el entendimiento, el diálogo entre el intelectual y las clases trabajadoras; diálogo por supuesto casi siempre conflictivo y escabroso.

7. Su toma de posición

La ideología libertaria está presente en José María Zeledón en muchos de sus artículos periodísticos y en su poesía. Se ha dicho que es un socialismo libertario confuso. Tal cosa no es cierto. Que posteriormente se deslindará de su incendiarismo primero es otra cosa. Es parte de su propia evolución, de los límites de la ideología profesada y de un proceso general de renuncia experimentado por muchos intelectuales de la clase media urbana, cuya fluctuación se explica por las rémoras utópicas que los une y desune constantemente de las clases dominantes.

Lo importante aquí -para el historiador social- es situar la producción intelectual en su momento y no anularla por el desacuerdo futuro del pensador con su pasado. José María Zeledón fue un intelectual típico de un momento histórico particular y estudiar su obra es comprender los parámetros de ese momento aun cuando su ideario como alternativa política esté periclitado. En el caso de sus ideas doctrinarias acráticas las plantea en reiteradas oportunidades en el lapso que va desde 1900 hasta 1920. En su artículo *El Nuevo Credo*, teniendo como referente un interlocutor contrario al pueblo nación, escribe: «otro sol más potente ha nacido para la esclava inteligencia de los hombres: la idea acratista. Y hacia ella se encamina, desdeñando antiguos espejismos, la procesión de descontentos que alcanzó buen lote de amargura en el reparto del dolor humano». En ese mismo escrito declara su «ya robusta convicción acratista». Es hacia los obreros a quien se dirige, a los desheredados y humi-

llados. Su esperanza en el triunfo de la clase trabajadora, esperanza que se funda más en las grandes luchas de los trabajadores en otras partes del mundo y no en nuestro país, lo lleva a plantear la hermandad del trabajo. El triunfo de la «confederación mundial del trabajo» borraría «la última frontera real que divide a los hombres». En un interesante trabajo, que deberá ser estudiado detenidamente algún día, titulado *Psicología de la autoridad*, José María Zeledón se hace partícipe de la idea ácrata de que toda autoridad es contraria a la esencia natural del hombre. Corroborar que «la autoridad -en ese momento- marcha en derrota» y proclama que «el hombre en cuanto a autoridad, ya no es hombre, queda por debajo del hombre. Su ética no tiene entrañas, es ética de bestias. Su oficio es oficio de verdugos (...) su placer es el mal». Es revelador este artículo por la contemporaneidad que conlleva en cuanto a toda una corriente -no siempre progresista- de análisis del autoritarismo en América Latina. La represión militar en muchos de nuestros países está inscrita en una estructura mental que asigna a la violencia y a la muerte el estatuto de placer; de ejercicio lúdico y placentero de la destructibilidad del hombre por el hombre. Quizá donde se hace más evidente el sistema de pensamiento libertario de José María Zeledón es en el trabajo *Conversemos a los obreros*. Allí establece al *humus* por el cual según él, el proyecto libertario es viable en nuestro país. Al establecer la comparación entre las condiciones de vida y explotación entre Europa y nuestros países se conoce que hay diferencias. Pero no tantas como para no darse cuenta que en nuestro medio «las condiciones van -aquí G.M.- modificándose gradualmente: el acaparamiento de las tierras de un lado y la creciente exacción de los gobiernos que va chupando con no saciada codicia la savia de los productores, llevarán nuestro problema social a un campo parecido en que se debaten los dolores de las masas desheredadas en Europa». Por tal razón pide a los obreros que no esperen a que el Gobierno y el Estado solución los problemas. Estos seguirán siendo «exclusivistas, arbitrarios, inhumanos, hasta el último día de su existencia». Entre los autores que cita en ese artículo José María Zeledón y que animan su ideario se encuentra en primer lugar Francisco Ferrer y Guardia, a quien, por otra parte, dedicaría algunos poemas. Asimismo a Eliseo Reclus, anarquista que tendría gran influencia en la juventud española y la latinoamericana de la época.

Como se puede apreciar, su acratismo no es tan confuso como se afirma, si bien es cierto bebió de muchas fuentes, de sospechosos claridad.

La Musa Nueva

Dentro del marco doctrinal anterior se instala su proyecto poético creador. A través de la poesía desarrollará Zeledón aún más su ideario. Esto es comprensible si tenemos en cuenta qué poesía puede ser, por lo espontánea y fogosa, más impactante que la idea reposada de la prosa, del discurso cerebral que implica conceptualización y sistema. Antes de analizar brevemente la poesía contestataria de Zeledón señalaremos, a manera de revista, los nombres de personas que aparecen en su obra poética (no de todos claro) y que están relacionados con el anarquismo o con la rebeldía social: Ferrer, Manuel Ugarte, Zola y Tolstoi.

La Musa Libertaria

En 1907, José María Zeledón publica un librito de versos con el nombre de *Musa Nueva*. José Fabio Garnier, en un breve comentario de su contenido, nos hace ver y ello es así, que el mismo, se instala en un nuevo y problemático campo poético; de ahí su originalidad y la originalidad del proyecto creador de su autor. Dice Garnier: «Gemir, llorar, orar, eran las tres únicas cuerdas que, de sus liras, hacían vibrar los poetas del nuevo continente, aquellos que ven, en el mundo, solamente los paisajes (...) y que se complacen en la contemplación». Elementos estos de un campo poético periclitado o en vías de aniquilamiento definido en lo fundamental por un romanticismo evasivo y lacrimoso, que dio en América Latina -hay que reconocerlo- sus buenos pero también sus malos frutos. Guardando las distancias es un poco lo que funda en nuestro medio Pío Viquez quien en poemas como *La Torcaz*; *Por qué te quiero*; *La Camelia*; *Tus ojos*, etc., prosigue en nuestro medio el romanticismo latinoamericano, a lo que en prosa realizan en algún momento Manuel Argüello Mora (sobre todo en sus novelitas que se ajustan al esquema *folletinesco* de gran parte de la producción evasiva decimonónica) o las filigranas de Ricardo Fernández Guardia en *Hojarasca* (1894).

Contra esta tendencia se levanta a principios de siglo Joaquín García Monge con sus novelas de auténtica dirección social (*El Moto*, *Las Hijas del Campo* y *Abnegación*) y José María Zeledón con *Musa Nueva*. Garnier acepta que esta obra pertenece a otro campo, a un nuevo hábitat poético y que su autor es parte de «esa juventud luchadora que habla con sus propias palabras, que a nadie copia y que ante nadie se inclina en espera de un favor pequeño o grande», juventud que en América entona con valentía, al decir de Garnier «los bellos cantos de libertad». Vale la pena anotar aquí lo que pensaba del artista Antonio Zambrana quien hacia finales del siglo XIX tendría gran influencia en los jóvenes intelectuales y artistas costarricenses. Decía Zambrana: «El artista (...) mira el mundo y la vida como un espectador imparcial (...) de tal manera se sumerge a veces en la delicia y el estudio de su observación curiosa, que está como distraído, sin atender a lo que le dicen los que andan muy interesados en el tráfico de la vida vulgar». Este criterio chocará, con mayor o menor fuerza, con las ideas de los modernistas de principios de siglo, pese a que algunos asumirían -por reacción y no por complacencia- una versión criolla del arte por el arte. Como respuesta a la concepción de Zambrana acerca del papel pasivo del artista se pronunciará José María Zeledón, apostrofando:

«Alzad artistas bravos, el hacha redentora de un arte joven, digno de la brillante aurora que el astro de la ciencia derrama por doquier y destrozad los bosques de añejas tradiciones al son de las viriles y audaces vibraciones que vuestras arpas den».

El artista no será más el contemplativo de lo pasado y de lo presente. A partir de la matriz que sustantiva la rebelión, su tarea se acercará al conspirador, al que destruye para crear lo nuevo.

En *Musa Nueva* y teniendo presente lo dicho en páginas anteriores, se desplazan temas y problemas de índole conflictiva: así, el feminismo, la cuestión social u obrera; la lucha contra las tiranías, la exaltación del trabajo y la vida y ese amor universal o solidaridad tan cara al acratismo. Zeledón proclama en uno de sus poemas la «emancipación de la mujer». El tema obrero se impone como problema; su musa canta:

«A la inocencia pobre y desnuda a todos los que sufren y a los que lloran; a los hombres que heridos por fiero dura para su alma afligida consuelo imploran ... al brazo fuerte de los obreros que empuñan la bandera de la esperanza y en las rocas feudales abre senderos con el tajo invencible de su pujanza».

En su *Canto a Zola* se trasluce su enemistad profunda con el dogma defendido por la iglesia y los sectores ultramontanos.

Para José María Zeledón, Zola:

«Inundó con sus fuertes resplandores el horizonte que la densa bruma del dogma y del misterio poblaba de mentiras y de horrores».

En el prólogo a *Musa Nueva* plantea Zeledón el tránsito que experimentó al ser tocado por «la musa soberana de los modernos tiempos». Se encontraba el poeta mirando «los rojos celajes de occidente alzarse como llamas en una fragua ardiente de un taller colosal»; cuando esta llegó. Luego de un breve diálogo la musa lo invita a salir de su estado meditativo:

«Ven -le dice- no rumies tanto como un cansado buey».

Más adelante la musa, con vigoroso acento, le pide:

«Redímete y redime también la inteligencia a todos los que viven llorando una impotencia no confesada, llena de fingido dolor; eleva ante sus ojos los bellos oriflamos del pensamiento nuevo, radiantes como llamas de incendio».

Lo que se impone aquí es un referente social muy concreto: la lucha, los obreros, la redención. En 1911 en el poema *Cartel*, Zeledón de nuevo vuelve sobre la tónica de *Musa Nueva*:

«Aquí las fuerzas jóvenes y los vigores frescos que llevan oriflamos extendidos en la amplitud del gesto y servirán mañana de baluartes heroicos del derecho, cuando palpiten con fragor de abismos el corazón del pueblo».

En el poema *Manifiesto: a los trabajadores del Ideal* se dejan sentir la fuerza de sustantivos y adjetivos como: pueblo, abismo, marcha, convulsiones, titán, cataclismos, hecatombes, borrasca, truenos, fuego, tempestad, lucha, que indican claramente un contexto libertario. Lo mismo sucede en el poema *El Patrón* (paráfrasis) y en *Humanidad Nueva*, en este último poema la musa libertaria está de cuerpo entero:

«Las voces de los vientos repitieron sus frases, y a lejanas tierras llevaron, como un fresco baño de esperanzas, aquella buena nueva de redención que en los futuros días -rompiendo vallas y asaltando cumbres- ha de trocar en dulces alegrías el dolor de las foscas muchedumbres que hoy gimen llenas de melancolías».

El poema *Hermanos* que está dedicado al pedagogo anarquista Francisco Ferrer la densidad libertaria es potentísima. Se refiere a sus asesinos como «chacales humanos», «déspotas con miedo». «No durmáis -les dice- ya es hora, esperad despiertos, lobos sanguinarios, déspotas con miedo».

8. Finales

En esta breve nota hemos querido situar la densidad poética de un autor en su momento. Otros poemas de José María Zeledón conducirían a la constatación que su modernismo se nutrió de esa *musa libertaria* que en España y en América Latina se instaló desde la década de 1880. Si quisiéramos explicarnos el porqué de un proyecto creador constatario en nuestro país, bastaría con observar cómo se introduce en la prensa este discurso en las últimas décadas del siglo pasado. Pero además, tanto para José María Zeledón como para otros intelectuales el choque entre el *valor de uso* y el *valor de cambio*, y lo que ello significó para la cultura y para las clases trabajadoras nos llevaría a intentar fundar una utopía: la utopía libertaria. No pudieron hacerlo porque no era viable, no lo fue ni lo sería después. Pero quedó el testimonio de un desgarro, de una incomformidad, que, lamentablemente no ha sido estudiada, ni siquiera superficialmente en nuestro país*.

8. José María Zeledón: *Poesía y prosa escogida* (Alfonso Chase comp.). San José, Editorial Costa Rica, 1979.

* Esta nota fue escrita en el mes de agosto de 1987.

TOPICOS DEL HUMANISMO

Universidad Nacional
Centro de Estudios Generales
Apdo. 86-3000
Costa Rica, América Central
Teléfono 237-6363
Extensión 307

MIEMBROS DE LA COMISION EDITORIAL:

Lic. Mario Oliva Medina,
coordinador
Lic. Gerardo César Hurtado
Dra. Zaida Fonseca Herrera
Lic. Fernando Arturo Arce Vargas

MECANOGRAFIA:

Sra. Olga Marta Rojas Bolaños

ARTES FINALES:

Víctor Hugo Navarro

Impreso en
el Departamento de Publicaciones
Universidad Nacional

DISCURSO PRONUNCIADO POR LA SEÑORA DECANA, LIC. HAZEL VARGAS ZELEDON, CON MOTIVO DE LA CELEBRACION DEL XX ANIVERSARIO DE LA CREACION DE LOS ESTUDIOS GENERALES DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL

El sábado 18 de agosto de 1973 se realizó la sesión inaugural de la Facultad de Graduados y Estudios Generales de la Universidad Nacional. Pero lo más significativo de ese acto, como lo señaló el Dr. Francisco Antonio Pacheco, su primer Decano, fue el hecho de que daba vida, en esa ocasión, a la primera Facultad que había sido organizada en una universidad creada pocos meses atrás. Es de esta manera que la Universidad Nacional define ya su compromiso histórico con la sociedad y le da forma a su misión fundamental: forjar profesionales, hombres y mujeres muy competentes en su área de especialización, pero sobre todo comprometidos con la sociedad en la que están inmersos; seres dignos, solidarios, justos, libres y amantes de la verdad. No es esta una Universidad más, surge como una institución que ofrece no sólo un compromiso con la excelencia académica, sino también con la sociedad costarricense: que se constituye, sin lugar a dudas, en fuente y destinataria de su quehacer. Una Universidad que entiende de esta manera su vinculación con la vida nacional, que se alimenta de ella y orienta hacia ella su pensamiento, su creatividad, su conocimiento, su acción, tenía necesariamente que definirse como una Universidad humanista.

Es por eso que la Facultad de Graduados y Estudios Generales se convierte en la base donde se asienta esta nueva Institución. Muchos cambios y transformaciones hemos sufrido en estos veinte años, producto todos ellos del diálogo, del debate constructivo, de la experiencia acumulada. Por su propia naturaleza esta Facultad es proclive a la controversia, al enfrentamiento, al autoanálisis y a la reflexión. Pero eso la mantiene viva, pujante y la fortalece permanentemente. La lucha entre lo clásico y lo actual, entre el compromiso social y la erudición, entre lo foráneo y lo latinoamericano, entre lo ideal y lo real nos ha hecho construir un Centro Académico donde se respetan las diferencias, se estimula la creatividad y el pensamiento y se asume una actitud de análisis, de diálogo y reflexión en torno de los temas y problemas que constituyen nuestro diario quehacer.

Durante estos veinte años, el Centro de Estudios Generales ha establecido vínculos de comunicación permanente con sus estudiantes. Ha sabido sembrar en ellos el amor por la institución que les da abrigo, el sentimiento de solidaridad, respeto y compromiso con la comunidad nacional, el deseo constante de conocer y estudiar profundamente su época y su espacio vital, el respeto hacia la naturaleza y el afán de contribuir al logro de una mejor calidad de vida para todos. Ha contribuido también este Centro, al desarrollo institucional, responsable y creador de todos sus funcionarios.

Muchos compañeros han partido ya: el Dr. Constantino Lascaris, el Dr. José Alberto Soto, la Máster María Eugenia Acuña, el Lic. Francisco Murillo, el Lic. Manuel Segura Castro, pero su pensamiento y sus acciones continúan alimentando nuestro trabajo. Gracias a ellos y a todos quienes nos han acompañado durante esta larga jornada

hemos podido contribuir a la formación de varias generaciones de jóvenes. De todos es conocido que la fe en el progreso surge cuando la sociedad, la cultura, la historia, la ciencia y el arte son comprendidos como obra humana. Es por eso que hoy, cuando las sociedades se debaten entre las ideas de un liberalismo deshumanizado, donde lo fundamental es la productividad, la competencia y la eficiencia; cuando «el grado de racionalización máxima que las culturas más avanzadas han logrado incide con el mayor grado de irracionalidad en cuanto a sus consecuencias: políticas, sociales, ecológicas y psicológicas»: cuando como afirma Andrés «el mundo de la máquina ha hecho obsoleto al sujeto humano» y cuando la economía y un frágil equilibrio político y tecnológico priva en nuestras sociedades, es más significativo, trascendental y urgente el cultivo y la difusión del humanismo, es necesario propiciar la imaginación, la creación de nuevas formas de comunicación y solidaridad sociales. Los seres humanos deben recobrar su derecho al disfrute pleno de la vida, a la acción responsable, equilibrada y consciente, al estímulo de la inteligencia, la sensibilidad y la emotividad. Tenemos que recuperarnos a nosotros mismos y a nuestra cultura y eso sólo lo lograremos a través del humanismo. No es pequeño nuestro reto, al contrario, se acrecienta cada día más, pero también eso nos enriquece y nos fortalece. Nuestra acción debe permear a toda la institución, a nuestros estudiantes y sobre todo a la comunidad nacional. Eso lo han entendido todos los Decanos que han orientado este Centro, los académicos que han trabajado con nosotros, los funcionarios administrativos cuyo tesón y entusiasmo facilita día con día las labores académicas y las autoridades de esta Universidad que siempre han estimulado, compartido, apoyado y respetado nuestro trabajo.

Hoy que festejamos veinte años de labor podemos decir con orgullo que hemos cumplido. Que las expectativas con que fuimos creados han sido satisfechas, pero además, debemos afirmar que seguimos entusiasmados, que amamos lo que hacemos, que somos plenamente conscientes de nuestra responsabilidad, pero que la asumimos con respeto, con seriedad, con alegría y con compromiso. Pero sobre todo somos consecuentes con lo que creemos, con lo que decimos y con lo que hacemos. No somos una Facultad más en la Universidad Nacional, somos un Centro con una misión fundamental.

Gracias a todos Ustedes por haber contribuido a la construcción de este Centro, a su crecimiento y a su fortalecimiento, con su trabajo, su inteligencia, su creatividad, su entusiasmo, y, sobre todo, con una parte importantísima de sus vidas.

Miércoles 13 de octubre de 1993
Sala de Exdecanos
Centro de Estudios Generales
Universidad Nacional